CONNOTAS. REVISTA DE CRÍTICA Y TEORÍA LITERARIAS (e-ISSN: 2448-6019)
Núm. 32, enero-junio 2026, e571, DOI: https://doi.org/10.36798/critlit.i32.571

ARTÍCULO

Construcciones de sentido. Para una *poética* de lectura en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa

Constructions of meaning. A *poetics* of reading in Rodrigo Rey Rosa's *El material humano*

RODRIGO ROSAS MENDOZA
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-9358-7554
Universidad Veracruzana, México
rodrigomendoza707@gmail.com

Resumen:
A partir de la figura del lector, implícita en *El material humano,* este artículo explora la capacidad de Rodrigo Rey Rosa para situarse en una posición ambivalente entre lector y escritor. Esto le permite trasladar a la literatura el hallazgo fortuito de la serie de fichas que integran el Gabinete de Identificación, un archivo resguardado y ordenado por la Policía Nacional de Guatemala. Para encontrar significaciones históricas a este hallazgo, Rey Rosa decide *narrar* el archivo. Esta decisión permite al autor explorar las consecuencias de dicho violento proceso de fichaje para el presente convulso de su país natal. Para definir este procedimiento de lectura, recurriré a Borges, Piglia y Vila-Matas como referentes intelectuales del acto de escritura-

Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

lectura, en tanto método de comprensión del mundo. Las reflexiones de Foucault, Hartog y Rivera Garza en torno al archivo y la historia también serán relevantes para entender el trabajo de quien se enfrenta a la historia desde su propia escritura.

Palabras clave:
literatura latinoamericana contemporánea, literatura guatemalteca, literatura argentina, literatura y violencia, archivo y ficción.

Abstract:
Using the implicit figure of "reader" within *El material humano*, this article explores Rodrigo Rey Rosa's ability to place himself in an ambivalent position between reader and writer. That allows him to transfer to literature the fortuitous discovery of the series of files that forms the Identification Cabinet, an archive safeguarded and organized by the Guatemalan National Police. To find the historical meanings for this discovery, Rey Rosa decides to narrate the archive. This decision allows the author to explore the consequences of this violent process of filing for the turbulent present of his native country. To define this reading procedure, I will turn to Borges, Piglia, and Vila-Matas as intellectual references for the act of writing-reading as a method of understanding the world. The reflections of Foucault, Hartog and Rivera Garza on the archive and history will also be relevant for understanding the work of those who confront history through their own writing.

Keywords:
contemporary Latin American literature, Guatemalan literature, Argentinian literature, literature and violence, archive and fiction.

Recibido: 5 de abril de 2025
Aceptado: 15 de diciembre de 2025
Publicado: 1 de enero de 2026

No son muchas las novelas donde aparece una figura de lector tan relevante, tan llena de capas, como la que despliega *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa (Ciudad de Guatemala, 1958). En el origen de esta novela yace implícita una pregunta asociada esencialmente con el acto de lectura y cuya respuesta, acaso, puede derivar en un procedimiento bastante borgeano: ¿cómo significar en el presente un archivo que pertenece al pasado? Es decir, ¿cómo dotar de sentido y relevancia, desde el ahora, a estos vestigios de la historia asentados en un conjunto de documentos? La respuesta es con la escritura, ni más ni menos. Jorge Luis Borges, Ricardo Piglia y Enrique Vila-Matas representan tres escritores-lectores que, al interior de sus textos, han explorado las potencialidades del acto de lectura como método de comprensión del mundo más allá del contenido del texto leído, con lo cual hacen que la escritura corra en paralelo con la actividad lectora. Es, pues, una especie de binomio epistemológico que puede revelar, de muchas formas, las hebras que componen el tejido de nuestro mundo. Seguiré las pautas de esta tríada de autores para indagar en una *poética* de lectura en la que, para varios críticos, es la obra cumbre del escritor guatemalteco.

Sería oportuno, desde este momento, recordar las condiciones en las que aparece el archivo en *El material humano*. En el interior de un conjunto de edificios policiales en desuso, se encontró en el año 2005 un enorme archivo hasta entonces olvidado —o intencionalmente oculto— por la ahora disuelta Policía Nacional de Guatemala. Este archivo estaba conformado por documentos, cajas,

fotografías y papeles que databan de 1890 en adelante. La principal actividad que registra el archivo abarca el periodo tanto del dictador Jorge Ubico (1931-1944) como de los gobiernos llamados revolucionarios posteriores a 1944. La novela *El material humano* se ocupa de este archivo a partir de la sombra institucional que lo creó, el Gabinete de Identificación, y de lo que éste muestra sobre el ejercicio del poder.

No es casual que el archivo del Gabinete haya sido encontrado a partir de un montículo de tierra que al agrietarse dejó ver cartulinas, papeles y fotografías desperdigados. Literalmente emergió del suelo y, por ende, fue encontrado casi arqueológicamente. Partiendo del pensamiento de Michel Foucault, la arqueología se presenta aquí como una suerte de herramienta epistemológica que ayuda a determinar la especificidad discursiva del archivo, en este caso. Lo relevante en el libro de Rey Rosa, desde lo arqueológico, es aquello que el archivo implica en tanto objeto y discurso. Siguiendo la lectura e interpretación foucaultianas del discurso-objeto iremos explorando qué dice el archivo sobre las redes tejidas por el Poder y los mecanismos de violencia que históricamente han funcionado en Guatemala. Además, la cuestión archivística será relevante para explorar a fondo el papel que juega el guatemalteco en relación con la intelección de la historia.

Si pensamos en el Pierre Menard de Borges recordaremos que su labor de (re)escritura es, en sí misma, tanto una demostración de lectura voraz, como el intento de apropiarse de *lo dicho* por otra instancia. La decisión, por parte de Menard, de escribir lo mismo que Cervantes ya trae consigo una carga de sentido que necesariamente contextualiza lo escrito desde el presente y se aleja de las circunstancias originales de su fuente. La decisión de escribir en *El material humano* sigue un rumbo parecido; produce un nuevo sentido

para el archivo, dimensiona su relevancia bajo una luz distinta a aquella bajo la cual fue creado. Leer, desde luego, es fundamental en este procedimiento tan borgeano: vemos una lectura que escribe o, mejor dicho, una escritura que está leyendo. Es decir, el autor guatemalteco lee y escribe (sobre) el archivo para así otorgarle sentido en el presente; porque no basta con leer estos vestigios de la historia: deben ser narrados. La pregunta seminal que elaboré al comienzo es, como ya he dicho, un modo borgeano de afrontar la escritura y también un factor determinante para toda la obra. No es gratuito, por cierto, que uno de los libros guía de Rey Rosa durante sus visitas al archivo —y que le sirve como fuente de epígrafes— sea el *Borges* de Bioy Casares. De manera que *El material humano* está lleno de ecos borgeanos en todos los sentidos.

Entonces, frente a este episodio enterrado de la historia, ¿qué hacer con él? *El material humano* —tanto como sucede con Pierre Menard— presenta un acto de lectura-escritura borgeano que *produce* sentido al retornar constantemente a la fuente de origen y, a un tiempo, distanciarse de ella con el objetivo de (re)escribirla. Rey Rosa es lo suficientemente intuitivo mientras lee como para entender que la decodificación del archivo en el presente necesariamente debe pasar por la (re)escritura para conseguir desgranar sus implicaciones y, a la vez, llegar a *leer* las circunstancias que lo hicieron surgir.

El material humano de Rodrigo Rey Rosa problematiza la dualidad presente-Historia a través de actos de lectura y escritura que trabajan con los vestigios de la arbitrariedad estatal resguardados por este archivo. Rey Rosa, en tanto lector de archivo, recurre a la escritura para hallar vías de significación histórica alrededor de la violencia evidenciada en el archivo. Como bien señala Alexandra Ortiz Wallner, en *El arte de ficcionar*, el periodo de pacificación de la región centroamericana se caracteriza por la firma de los Acuerdos de Paz,

en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996. La consiguiente instauración de políticas neoliberales llevó a Centroamérica a un enorme fracaso en su búsqueda democrática. Se hundió, además, en crisis económicas y políticas sucesivas que hoy día siguen mostrando sus consecuencias. Desde ese contexto de abatimiento y rabia es que Rey Rosa escribe.

Las *poéticas* de lectura esbozadas por Borges, Piglia y Vila-Matas —que, a su vez, son intentos de perfilar una figura del intelectual y su postura frente a la literatura, el ejercicio de la escritura y el pensamiento crítico— funcionan bien para analizar la figura de Rey Rosa como un lector que paulatinamente decide trasladar a la escritura esa misma experiencia de lectura, como un modo de significar el archivo en relación diacrónica con la historia y el presente. En ese sentido, lo archivístico se vuelve procedimiento de composición en esta novela, lo que deriva en una *forma* sinuosa, una especie de *estar-en-caos* de la escritura. Rey Rosa entiende que un acto narrativo mecanizado, convencional, no logrará elucidar las consecuencias del descubrimiento de este archivo del horror. La escritura y la lectura necesitan *suceder* en otros términos.

Entonces, en esta obra podemos ver algo cercano a las nuevas construcciones de sensibilidad que señala Enrique Vila-Matas en *El mal de Montano* (2002). La búsqueda de un modo distinto de entender la vida en relación con la literatura y viceversa: hacer valiosa de nuevo la literatura como perspectiva analítica de la existencia. En *El material humano* aparece un narrador también "podrido" de literatura que es "visitado por ideas de otros" (Vila-Matas, *El mal* 17) y que recurre a la escritura para comprender el estado enfermo de Guatemala —y del mundo— mientras explora, desde el archivo, la infecciosidad de la violencia asentada en la historia.

Los actos de lectura en la novela se dan en tres diferentes niveles: en el archivo, en el universo libresco que circunda a Rey Rosa y en la esfera de los medios impresos. En cuanto al primer nivel, habría que señalar primeramente que el archivo del Gabinete de Identificación consta de una serie de fichas que consignaban nombre, huellas dactilares, oficio y lugar de residencia de los imputados, algunos ideológicamente opuestos al gobierno en turno. Muchas de las razones del fichaje resultan, por decir lo menos, insostenibles: "Barrientos Luis Alfredo. Nace en 1924. Periodista. Fichado en 1956 por manifestante. En 1958 por propalar ideas exóticas" (22), "García Castro Ángela. Nace en 1924. Fichada en 1938 por prácticas de brujería" (28), "Pérez Gómez Alejando. Nace en 1923 en Antigua. Jornalero. Fichado por portar una honda de hule, un garrote y un cortaplumas. No tiene cédula. Vive solo" (30), "Ramírez M. Eusebia. Nace en 1925 en Escuintla. Fichada en 1942 por ejercer el amor libre" (31). Cuando Rey Rosa comienza a leer tales fichas entiende de inmediato que se trata de algo "novelable" pues constituyen una memoria del horror y la represión en la historia de su país, considerando que, en muchos casos, el fichaje llevaba luego a un encarcelamiento sin juicio y sin pruebas, ocasionalmente a la tortura o, en el peor de los casos, a la ejecución.

El autor dispone el archivo frente a nosotros; ha decidido tomar notas para "novelar" esta experiencia de lectura, aunque no está seguro de cómo hacerlo. Su (re)escritura, su novelización, busca dimensionar el control absoluto ostentado por el Estado y el dominio ejercido sobre la identidad colectiva. Conviene recordar que, según Guasch, el concepto de archivo refiere a un dispositivo de almacenamiento que tiene la facultad de permitir que sus usuarios vuelvan al contexto en que los documentos fueron creados, a las condiciones en que se produjeron (16). Rey Rosa, precisamente, se

esfuerza todo el tiempo por regresar a esas condiciones de creación del archivo. En el curso de su lectura investiga y revive el contexto en que fue creado el archivo y, con la escritura, busca significarlo dentro de un presente asediado por la misma violencia asentada en aquellos vestigios del Gabinete. Es, pues, un procedimiento algo borgeano que retoma la fuente original para luego (re)escribirla y así llevarla a nuevos significados determinados por el horizonte de su lector.

Entonces, vemos también un ejercicio de lectura arqueológica que saca de la tierra una memoria nacional dañada por el fichaje y la persecución. Este libro forma parte de una corriente novelística centroamericana que, como identifica Ortiz Wallner, dimensiona la literatura como "un medio para la (re)construcción de las memorias" (91) y constata, a su vez, que la labor literaria siempre se ha ocupado de la memoria. Así, la figura de Rey Rosa, como lector, se constituye desde lo arqueológico para igualar, a partir de la excavación de la memoria, el procedimiento bajo el que se descubrió el propio archivo. Lo arqueológico permite desenterrar el archivo, la memoria, y después colocarlo bajo la luz del presente a través del trabajo literario. El escritor se posiciona frente al texto para leer el archivo y después transcribir lo hallado. Esa mediación lleva a un triple oscilamiento entre escritor, lector y arqueólogo.

Estamos ante un lector del tipo pigliano que, frente a aquello que ha encontrado, "persevera, sosegado [...] en la construcción del sentido"[1] (*El último lector* 123). Cuando se topó con el archivo, Rey Rosa asumió que leerlo no era suficiente; había que narrarlo. Es decir,

[1] A lo largo de su trayectoria, Rey Rosa ha mostrado interés por crear personajes lectores que, a través de dicha actividad, construyen el sentido del mundo y de la historia. En *Lo que soñó Sebastián* y "Cárcel de árboles" se asoman personajes que, con la lectura, intentan dar orden al mundo resquebrajado que los rodea. Por razones de espacio y argumentación, no me detendré en ello, pero remito su existencia para asentar el sostenido interés del autor en este tipo de personajes.

se volvió necesaria la replicación de la condición archivística dentro de la propia estructura del libro. Por ello, *El material humano* es por sí mismo un archivo: contiene recortes de prensa, transcripciones de fichas, así como algunas notas de lectura, testimonios, entrevistas y apuntes personales.

Además, el texto mismo es un repaso inadvertido sobre los procedimientos archivísticos de interpretación, pues dialoga con el contexto que dio origen al archivo en cuestión, mientras intenta resolver, desde el acto narrativo, las consecuencias de su existencia en tanto contenedor de una serie de políticas de violencia legitimadas por el Estado en tiempos pretéritos, acaso todavía vigentes en ciertos aspectos en la actualidad. Rivera Garza lo pone en términos más elocuentes: "el libro es sobre todo un proceso que, en la fragilidad de las notas, en lo punzante de los hallazgos, en la ramificación de sus coincidencias, en la yuxtaposición de un presente que se diluye y un pasado que no se va, entreteje una crítica acérrima y frontal al medio que la produce" (*Los muertos* 103). Aunque la figura del autor, su legibilidad dentro del texto, es una vía de entrada a la experiencia histórica que conlleva la indagación documental del pasado, es importante señalar que esta figura no lleva a cabo un acto de lectura desde lo individual. Se trata, más bien, de un *nosotros* que se adentra en el archivo y en la historia oculta para arrojar luz sobre el estado del presente consumido por la violencia. También cuestiona la legitimidad institucional de la Policía Nacional, que permitió la creación de un archivo de esta naturaleza.

En cualquier caso, la escritura en esta novela se convierte en el trabajo de alguien que escarba en la tierra de la historia para desenterrar voces muertas, memorias sepultadas. Para cumplir con dicho trabajo, Rey Rosa recurre a la (re)escritura, a las citas y al trabajo de copista. Lo hace en cada uno de los tres niveles de lectura ya

mencionados. Me explico: al mismo tiempo que indaga en el archivo y toma notas sobre lo hallado, Rey Rosa recupera citas de textos que va leyendo en su tiempo libre. Schnitzler, Voltaire, Zweig, Sartre y Zweig constituyen una base de pensamiento con la cual, en tanto copista-lector, Rey Rosa puede meditar sobre la condición humana, el estado de derecho, la política y sus instituciones.

A partir de esta segunda capa de lectura, el autor desmenuza el sentido de su presente en Guatemala con el auxilio de la literatura. Las fichas del archivo y el cosmos bibliográfico de donde extrae las citas de diversos escritores y pensadores permiten a Rey Rosa observar críticamente tanto el pasado como el actual estado de su país. Aquí hallamos un lector muy vilamateano que, adentrándose en los libros y dejándose visitar por ideas de otros[2], también está leyendo el devenir de su actualidad con ayuda de la literatura.

De esta manera, *El material humano* propone una *poética* del leer, una que produce sentido en torno al pasado mientras observa las condiciones del presente. La obra se vale de una herramienta específica: el lúcido y detenido acto de lectura. Los vestigios —documentos y fichas— son aquello que permite la lectura desde lo arqueológico. Como ya se dijo, esta *poética* parece postular una figura intelectual enlazada con el oficio de historiador, con lo arqueológico y lo curatorial. Bien apunta François Hartog, en *Evidencia de la historia*, que el historiador es, primordialmente, un buen lector que da solidez a su visión histórica a través de la exhaustividad de *su leer*. Únicamente la lectura puede hacer que el ejercicio de la historia sea analítico en lugar de meramente sintético.

[2] Los artículos "La enfermedad de la literatura en la narrativa de Enrique Vila-Matas" de José Enrique Navarro y "Ser en otros: citas e identidad en la obra de Enrique Vila-Matas" de Pablo Sol Mora exponen con claridad este procedimiento en la obra de Vila-Matas.

Rey Rosa no puede apartarse de la senda histórica, de los vestigios contenidos en el archivo. Decía Ricardo Piglia a través de su mítico Tardewski en *Respiración artificial* (1980) que el acto supremo de lectura es la asociación. Para Piglia, leer es asociar. Eso consigue Rodrigo Rey Rosa: asocia el presente con la historia. Vincula documentos oficiales —entendidos como evidencia del pasado— con sus propios apuntes de lectura, en un afán de dimensionar el estado actual de su país. Deja, pues, *hablar* a las voces de los documentos y conecta los registros del pasado asentados en documentos oficiales con periódicos impresos con sangre simbólica.

Apuntaba Tardewski en *Respiración artificial* que Kafka es un escritor irrepetible debido a que también era un buen lector que supo escuchar el "murmullo enfermizo" de la historia. Esto es relevante en términos de la asociación permitida por la lectura y, asimismo, del perfil de escritores como Rey Rosa que saben escuchar esos "murmullos", con lo cual intuyen el sentido de los caminos tomados por el presente. A partir de aquel ficticio encuentro entre Kafka y un joven Adolf Hitler relatado en la novela de Piglia, Tardewski señala que el auténtico genio de Kafka consistía en anticiparse, en intuir aquello en lo que podía convertirse la sociedad, las atrocidades que se podrían cometer. Rey Rosa demuestra algo semejante: sabe escuchar ese "murmullo enfermizo" de la historia asentado en las fichas, logra asociar este archivo con los mecanismos de violencia que operan en Guatemala. De este modo establece que el hilo conductor entre Historia y presente son las instituciones fallidas. La muerte y el despojo son dos constantes en la gran ecuación guatemalteca. En tanto buen lector, Rey Rosa se aproxima a la imparable debacle sufrida por su país a partir, por un lado, de los síntomas sociales que él puede observar en el ahora —y cuyas raíces ya estaban registradas en el archivo— y, por otro lado, de su constante monitoreo de los

medios de comunicación. *El material humano* es, en buena medida, un álbum de impresiones sobre el presente convulso que le da origen.

Piglia pensaba que la lectura verdadera, la más aguda, no proviene exclusivamente de la crítica literaria o de la academia, tampoco se debe a las "lógicas normativas de las modas teóricas" (*Crítica y ficción* 152). Más bien, emerge de las "tácticas" que se emplean al leer. Una de ellas es, justamente, lo asociativo. Con base en esa línea pigliana de pensamiento, podríamos caracterizar otras dos tácticas. Una sería la *lectura cartográfica*, en tanto que toma la literatura toda como mapa y, desde ahí, elige trazar nuevas rutas de significación. Borges lo hizo con la tradición grecolatina y el Medio Oriente, por ejemplo; Piglia, con la historia de la literatura argentina. Ambos trazaron mapas de lectura, rutas de significación sobre lo leído.

En *El último lector,* Piglia recupera una vez más la idea de leer asociativamente. Se trata de un procedimiento de vinculación con experiencias, emociones y palabras que remiten a otras, que resuenan. Aquí podríamos aterrizar las tácticas tanto de lo asociativo como de lo cartográfico a partir de ese recurso de citación constante en Rey Rosa. El guatemalteco elabora una cartografía literaria sobre la condición humana a partir de su experiencia lectora, tanto en el trabajo con el archivo como en su repaso bibliófilo. Las palabras asentadas en las fichas que legitiman el mecanismo del horror y la persecución pueden resonar históricamente con lo dicho por *otros.* Por ejemplo, Rey Rosa descubre en una de sus aventuras bibliotecarias esta cita de Roger de Lyss, escrita en 1924: "Mientras el indio sea ciudadano, los guatemaltecos no seremos libres. Ellos, los infelices, han nacido esclavos, lo traen en la sangre, es la herencia de siglos, el maldito sino que les hizo cumplir el conquistador" (72). Cuando Rey Rosa retoma lo dicho por *otros* y lo compara con el

engranaje del Poder evidenciado por las fichas del archivo del Gabinete de Identificación comprende que la historia de Guatemala se ha orientado hacia la aniquilación y relegación sistemática de las comunidades originarias, lo que ha colocado al Estado en una posición de control y poder irrebatible durante el siglo XX y comienzos del XXI. La lectura de archivo resuena con aquello que el guatemalteco lee paralelamente: las palabras contenidas en aquel hacen eco con lo dicho por *otros*. Gracias a la táctica asociativa de lectura, la cita de De Lyss —y de otros tantos— colabora en la comprensión de los mecanismos de violencia implementados por el Estado y evidenciados en el archivo. Rey Rosa elabora, en resumen, una ruta de interpretación de la condición humana en la actualidad desde lo dicho por *otros* en distintos tiempos, en diferentes lenguas.

Otra táctica que podemos descubrir, según Piglia, es la lectura como acto de resistencia frente a la oscuridad del futuro. El adroguense consideraba a Philip K. Dick, Ray Bradbury y George Orwell como autores cuyas obras señeras resguardan, desde lo distópico, actos de lectura que oponen resistencia al fracaso de la sociedad, del proyecto humano. Las novelas *1984* de Orwell, *Fahrenheit 451* de Bradbury y *El hombre en el castillo* de K. Dick muestran que la lectura puede combatir el estado del mundo y que acaso consigue devolver la esperanza ante la perdición. En el siglo XXI, desde luego, lo distópico parece un pleonasmo. En cualquier caso, Rey Rosa lleva a cabo un procedimiento semejante desde su acto de lectura: persigue piglianamente "la creencia [en que lo] escrito en un libro permite sostener y reconstruir lo real que se ha perdido" (Piglia, *El último lector* 137). Acude a Voltaire, Sarte, Zagajewski y Schnitzler para resistir los embates que la violencia deja caer sobre su persona y sobre la identidad guatemalteca. A través de las palabras de *otros*, Rey Rosa busca un camino de resistencia para la condición

humana que soporte —o cuando menos explique— el resquebrajamiento social en Latinoamérica. Leer para reconstruir la maltrecha condición humana y las resquebrajadas instituciones sociales a partir de las observaciones, las intuiciones y los comentarios críticos de grandes pensadores.

Entonces, Rey Rosa está escribiendo y leyendo desde *otros* como forma de aproximación a la historia, al pensamiento. Con la transcripción de esas citas también está escribiendo el mundo desde esos *otros*. En dichos términos, el guatemalteco se halla muy cercano al "bartleby" de Vila-Matas; se propone como un copista que retoma lo dicho, lo vivido por *otros* y hace de ello su propio discurso. El narrador de *Bartleby y compañía* (2000) es un ávido lector-investigador. Lee y cita a sus amados "artistas del No", personajes reales que un buen día dejaron de escribir por razones personales, siempre válidas y distintas entre sí. *Bartleby y compañía* es un amplio catálogo de estos "artistas del No", a los que trae a la luz desde las sombras. A partir de tal recuento, el narrador puede *hablar*. Es una voz que se deja conformar por otros.

Así opera también Rey Rosa en *El material humano*. Su labor de copista recupera otras voces. El libro existe desde *lo otro* que es traído a la página gracias al acto de lectura: el archivo, las citas de diversos autores, los periódicos y, como ya veremos, el diario de su madre. Pero debemos entender que este ejercicio de lectura-escritura, en su complejidad, conlleva también una carga dubitativa. El autor guatemalteco todo el tiempo se pregunta qué hacer con estas fichas. Piensa con ahínco si acaso algún minotauro puede esconderse en este laberinto archivístico. Si no, quizás "podría caer en la tentación de inventarlo (56)". Estas elucubraciones, desde luego, deben ser tomadas borgeanamente. Muy a lo Lonnrot en "La muerte y la brújula", es necesario atravesar el laberinto inadvertidamente para

llegar a la revelación: un "perderse en la escritura" como único modo de narrar el archivo, como la mejor herramienta para leer el presente.

Ese extravío en el corazón del laberinto obliga a Rey Rosa, más por resignación que por resolución, a dejar de preguntarse qué está escribiendo y si efectivamente ese *algo* que escribe puede dimensionar correctamente el archivo. Abraza, mejor, la escritura divagante, defendida por aquel narrador creado por Vila-Matas en *Chet Baker piensa en su arte*, quien siente predilección por la literatura que "no está muy segura de sí misma, que se presenta ante nosotros como un discurso poco estable" (259). El titubeo y el abandono de certezas en la escritura no necesariamente es un defecto para Vila-Matas, como tampoco lo es para Rodrigo Rey Rosa. Ambos factores pueden ser parte fundamental de lo dicho y del *cómo* se dice, pues "ha sido la literatura un excelente instrumento para medir tanto la adquisición de certezas como su abandono" (Vila-Matas, *Chet Baker* 260).

Esta inestabilidad escritural se vincula con la observación de Vila-Matas sobre aquella realidad "sin significado de las cosas" (*Chet Baker* 248) que vivimos en el siglo XXI y que a veces se traslada con lucidez a la literatura en un tono de desequilibrio que se aleja de la inteligibilidad, en oposición a la literatura "convencional". Ahí, en ese circuito de escritura, es donde participa Rodrigo Rey Rosa con *El material humano*. La obra contiene una escritura en desequilibrio intencional —y necesario, además— que alumbra la condición inestable del sujeto ante el sinsentido de la violencia que padecemos en nuestros días. Los actos de lectura, pues, son la columna vertebral de todo este procedimiento de intelección sobre la violencia, el presente y la dimensión histórica del archivo.

Piglia y Vila-Matas transformaron su obra, por decirlo simplificadamente, en una colección de notas y observaciones críticas sobre la literatura que luego resultan envueltas por una historia.

Ambos hilvanan narraciones a partir del hilo del pensamiento literario. C*uentan* la vida mientras *piensan* la literatura. Acaso el "riverrun" recuperado por el narrador de *Chet Baker piensa en su arte* explica este flujo de pensamiento y escritura: es como perseguir, en la narración, algo perteneciente al universo de la literatura que se asemeje al "río de la vida", a ese torrente "que [me] está conectando con el universo entero" (301). Así, mientras que para Piglia la lectura es un proceso de asociación que teje redes con el *relato* de la vida y con la experiencia, para Vila-Matas la lectura y la literatura participan en el gran circuito de la existencia. Flotan ambas en ese río de la vida y, por tanto, hablar de alguna requiere necesariamente el tratamiento de la vida misma. Las dos nos conectan con el universo entero.

En esa línea de pensamiento, de vinculación entre la existencia y la lectura, discurre *El material humano.* Rey Rosa pone énfasis en el aspecto procesual de lectura que corre en paralelo al desciframiento archivístico. Su obra contiene diferentes experiencias de lectura alrededor de los libros que tiene cerca —y que lo llevan a una exploración filosófica del sentido de la vida en un contexto dominado por Estados fallidos y la hiperviolencia—. Y también es un registro de la vida de Rey Rosa —el proceso creativo, sus constantes tentativas de salir de Guatemala, sus impresiones sobre el duelo de la madre posterior al secuestro en los años ochenta—. En resumen, leer el archivo y los libros que tiene a su alcance lo llevan a asociar sus experiencias individuales con el sentido histórico. Mientras lee, Rey Rosa piensa en escribir su vida, en descifrarla, para así conectarse con el río de la existencia, determinado, en este caso, por la violencia, por los Estados fallidos y las instituciones inoperantes. Así, Rey Rosa es un Bartleby invertido, porque jamás se vuelve "artista del No". Evita detener su escritura y, más bien, se empeña en ella como método de desciframiento de la historia, del presente, de la vida adversa. Para

leer, para escribir, se deja "llevar por la corriente salvaje de la vida" (Vila-Matas, *Bartleby* 144) y convierte su obra en archivo.

Hablando de esa inclusión necesaria de la experiencia en el discurrir procesual de la lectura, cabe señalar que es un destello de brillantez que Rey Rosa inserte, a manera ilustrativa, fragmentos del diario de su propia madre, quien pudo llevar un registro escrito de su secuestro acaecido a finales de los ochenta, el cual le fue sustraído al ser liberada. Tiempo después, la madre forzó la memoria para reescribir ciertas secciones de aquel diario. Rey Rosa, como el gran lector que es, rescata en su libro esos apuntes de la madre y con ello clarifica el núcleo de todo el libro: una lectura del presente y de la historia que sigue el flujo de la memoria, de la experiencia, para luego resignificarlo desde la escritura en el afán de entender la violenta naturaleza de nuestro tiempo.

En este punto, podemos resumir las capas de lectura en todo el libro del siguiente modo: 1) lectura de las fichas del Archivo y el diario de secuestro de la madre —es decir, circunstancias históricas y experienciales, 2) lectura de notas de prensa —es decir, circunstancias del presente—, 3) la más interesante de todas: una red de citas e impresiones de —y sobre— otros autores. En cuanto a la segunda capa, un elemento importante es la entrevista que Rey Rosa sostiene con el hijo de Benedicto Tun, fundador y director del Gabinete de Identificación y, por ende, responsable de la creación del archivo que el escritor está revisando. El testimonio de viva voz de Tun hijo arroja luz sobre el sistemático proceder del Gabinete diseñado por su padre.

Lo interesante no es tanto lo que el hijo de Tun cuenta sobre su padre, sino el mero hecho de que aquel sea un lector del archivo paterno tanto como Rey Rosa lo es del Archivo recién hallado. Piglia ya había identificado esa trinidad del escritor-lector-archivista en *Los diarios de Emilio Renzi,* donde su *alter ego* trabaja con el archivo del

abuelo. A través de Renzi vemos, básicamente, un lector que ayuda a ordenar y clasificar los documentos que componen el archivo. En esa labor, logra compenetrarse con la dimensión simbólica del acervo documental del abuelo. Sugerente es, pues, que uno de los primeros o acaso el primer trabajo en la vida de Renzi sea el de archivista, que involucra invariablemente el acto de lectura que definirá la *poética* pigliana a partir de la lectura asociativa.

Pero el acto de lectura más aguzado reside en el propio Rodrigo Rey Rosa, que se enmascara como un tal Javier Mejía para poder leerse:

> Comienzo a leer *Paseo eterno*. Es, pienso, el mejor libro de Javier Mejía, pero al mismo tiempo es el peor. El mejor, porque se ha quitado la máscara; habla y escribe cual piensa; el peor, porque como siempre, o tal vez aquí más que nunca, se complace demasiado con su propia versión de sí mismo. Crítica cruda, tal vez, pero la hago con un entusiasmo inesperado y con la certeza de que si dejara de verse a sí mismo con esa extraña e inexplicable autocomplacencia podría convertirse en un escritor interesante. (115)

Aquí Rey Rosa se convierte en lector de sí mismo. Este libro —*El material humano* disfrazado de *Paseo eterno*— es, en su opinión, su mejor trabajo porque exhibe su desbarajuste mental frente al público a la vez que nos muestra su proceso de escritura. Él se transforma en un escritor que *se lee* y *se escribe* y, de manera brillante, deja constancia de este proceso autorreflexivo en el libro. Sobra traer a colación el nombre de tres grandes maestros de este arte: Borges, Piglia y Vila-Matas.

Ya quedó claro que la primera capa de lectura concierne al propio archivo. La segunda capa tiene que ver con los periódicos usados por el autor para contextualizar, desde su lectura, el presente de Guatemala sumergido en las consecuencias de la violencia infecciosa que está relatada indirectamente en el archivo. Me quiero detener en ese acto de lectura en particular porque resulta importante en términos de la construcción de sentido en *El material humano* pero, sobre todo, porque se trata de un recurso muy bien elaborado por Rey Rosa en toda su novelística. La lectura de los medios impresos en *Los sordos* (2012) y *El país de Toó* (2018) funciona como una vía de acceso al sentido atroz del presente y la violencia que lo infecta.

En *Los sordos* aparece brevemente, y a manera de *collage*, una serie de recortes de periódico que dan cuenta de feminicidios, desapariciones, asesinatos y ejecuciones que resumen las terribles circunstancias en el país centroamericano. Leyendo los periódicos es como Rey Rosa mapea su propia contemporaneidad. Ese procedimiento es replicado en *El material humano* y en *El país de Toó,* donde también vemos esa representación de un presente corrupto y violento construido desde el acto de lectura de los medios de comunicación al interior de la diégesis. Las notas de prensa en esas novelas dan cuenta del entresijo de corrupción, negligencia, falta de justicia e inoperatividad institucional que envuelve la realidad guatemalteca. De esta manera, la lectura de periódicos en la diégesis es, para Rey Rosa, esencial en tanto procedimiento de contextualización del presente atribulado de su país. Así funciona, desde luego, en *El material humano.* Rey Rosa pasa a ser un *nosotros*-lector que, gracias al sondeo de los medios impresos, está revisando su presente mientras indaga en el archivo. Ambas capas de lectura se concatenan en el acto de escritura que da forma a la novela.

El escritor guatemalteco también es, diría Piglia, un lector trágico cuya labor casi lo lleva a perder la razón. Durante sus visitas al archivo recibe llamadas sospechosas y amenazantes por las noches. La vigilancia de que es víctima lo conduce a la paranoia. Tiene sueños intranquilos, presiente una sutil sombra amenazando su conciencia. En tanto que casi pierde la razón "porque no quiere capitular en su intento de encontrar el sentido" (*El último lector* 19), Rey Rosa es claramente un lector trágico. Esa es una de las razones por las cuales esta narración tiene un carácter sinuoso, inestable; el desorden emocional se traslada a la escritura. Señala Vila-Matas que "a veces se abandona la escritura porque uno simplemente cae en un estado de locura del que ya no se recupera nunca" (*Bartleby y compañía* 29). Por eso insisto en perfilar a este escritor guatemalteco como un Bartleby invertido. Precisamente para contrarrestar ese alterado estado mental, Rey Rosa decide no dejar de escribir: plasma sus dudas, sus sueños inquietos, los temores que lo acosan. Es un lector que, asediado por el horror histórico del archivo que consulta, cae en una espiral capaz de conducirlo a la locura. Su único asidero resulta la escritura; no ceja en el acto de leer ni en el intento de otorgar sentido al conjunto caótico de fichas que resguardan la atrocidad pretérita de su país todavía reflejada, desoladoramente, en el presente.

Concluimos, pues, que *El material humano* es una consecución de actos de lectura donde el espectro de la violencia es diseccionado progresivamente a partir de la revisión de la historia y de la literatura misma. Bajo la lupa de Rey Rosa se examinan también la condición humana y el sentido de la justicia. Estamos frente a un libro compuesto de retazos discursivos donde el guatemalteco se perfila, a lo Vila-Matas, como un ladrón de frases ajenas. Al ser transcritos —o recuperados— dichos retazos, se vuelve imposible individualizar la autoría de los documentos, de las notas periodísticas, del libro mismo.

Si en Vila-Matas se asomaba una transformación del narrador *en* literatura, una búsqueda de encarnarla quijotescamente, en Rey Rosa vemos que, gracias a los reiterados actos de lectura, él se vuelve la voz tanto de la historia como del presente. En esos términos, vemos en el guatemalteco un lector múltiple esbozando un ejercicio intelectual que dialoga con las *poéticas* de lectura de Borges, Piglia y Vila-Matas. Resulta ya evidente que el binomio lectura-escritura vertebra el libro del autor guatemalteco, con lo cual también se deja entrever como herramienta hermenéutica de aproximación al archivo. Rey Rosa es, como diría Piglia en *El último lector*, una personificación "extrema del intelectual como representante puro de la construcción del sentido" (123) a partir, en este caso, de la lectura del archivo —como modo de excavación de la historia— y su posterior traslado a la escritura como vía de entendimiento del presente.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, Jorge Luis. *Cuentos completos.* Vintage Random House, 2019.

Foucault, Michel. *La Arqueología del Saber*. Siglo XXI, 1970.

Guasch, Anna Maria. *Arte y archivo, 1920-2010: Genealogías, tipologías y discontinuidades.* Akal, 2011.

Hartog, François. *Evidencia de la historia.* Universidad Iberoamericana, 2011.

Navarro, José Enrique. "La enfermedad de la literatura en la narrativa de Enrique Vila-Matas". *Anales de la literatura española contemporánea,* no. 1, vol. 39, 2014, pp. 212-232.

Ortiz Wallner, Alexandra. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica.* Iberoamericana Vervuert, 2012.

Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción.* Debolsillo, 2001.

_____. *Los diarios de Emilio Renzi.* Debolsillo, 2019.

_____. *Respiración artificial.* Debolsillo, 2014.
_____. *El último lector.* Debolsillo, 2015.
Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. Tusquets Editores, 2013.
Rey Rosa, Rodrigo. *El material humano.* Anagrama, 2009.
_____. *El país de Toó.* Alfaguara, 2018.
_____. *Los sordos.* México: Alfaguara, 2013.
Sol Mora, Pablo. "Ser en otros: citas e identidad en la obra de Enrique Vila-Matas". *Hispanófila,* no. 175, jun. 2015, pp. 235-247.
Vila-Matas, Enrique. *Bartleby y compañía.* Quinteto/Anagrama, 2009.
_____. *Chet Baker piensa en su arte. Relatos selectos*. Debolsillo, 2011.
_____. *El mal de Montano.* Debolsillo, 2013.